



www.loqueleo.santillana.com

Konrad o el niño que salió de una lata de conservas
Título original: *Konrad Oder Kind Aus Der Konservendbüchse*

- © Del texto: 1975, Verlag Friedrich Oetinger
- © De la traducción: María Jesús Ampudia
- © De la ilustración de cubierta: 2015, Mar Villar
- © De las ilustraciones de interiores: Frantz Wittkamp
- © De esta edición:

2015, Distribuidora y Editora Richmond S.A.
Carrera 11 A # 98-50, oficina 501
Teléfono (571) 7057777
Bogotá – Colombia
www.loqueleo.santillana.com

- Ediciones Santillana S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires
- Editorial Santillana, S.A. de C.V.
Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,
Delegación Benito Juárez, CP 03240,
Distrito Federal, México.
- Santillana Infantil y Juvenil, S.L.
Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-743-474-3
Impreso en Colombia
Impreso por Editorial Delfin Ltda

Primera edición en Alfaguara Infantil Colombia: octubre de 1994
Primera edición en Loqueleo Colombia: octubre de 2015

Dirección de Arte:
José Crespo y Rosa Marín
Proyecto gráfico:
Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

Konrad **o el niño que salió** **de una lata de conservas**

Christine Nöstlinger

Ilustración de cubierta de Mar Villar

loqueleg

La señora Berti Bartolotti se sentó en la mecedora y empezó a desayunar. Se tomó cuatro tazas de café, tres panecillos con mantequilla y miel, dos huevos pasados por agua y una rebanada de pan negro con jamón y queso y una rebanada de pan blanco con paté de hígado de ganso. Como la señora Bartolotti se mecía mientras comía y bebía —al fin y al cabo las mecedoras son para mecerse—, su bata azul celeste acabó llena de manchas marrones, de café, y amarillas, de huevo. Además, gran cantidad de migas de pan le cayeron por el cuello de la bata.

La señora Bartolotti se levantó y empezó a saltar sobre un pie por el cuarto de estar hasta que todas las miguitas hubieron caído de la bata. Después se chupó los dedos pegajosos de miel. Entonces se dijo a sí misma:

—Criatura, ahora vas a lavarte y a vestirte como es debido y a ponerte a trabajar, ¡pero rápido!

Cuando la señora Bartolotti hablaba consigo misma, siempre se decía “criatura”.

En la época en que la señora Bartolotti era realmente una criatura, su madre le decía constantemente:

8 —Criatura, que hagas los deberes enseguida. Criatura, que seques la vajilla. Criatura, cállate.

Y más tarde, cuando la señora Bartolotti ya no era una niña, su marido, el señor Bartolotti, siempre le decía:

—Criatura, que prepares pronto la comida. Criatura, que me cosas un botón de los pantalones. Criatura, que friegues el suelo.

La señora Bartolotti se había acostumbrado a cumplir las órdenes y los encargos solo cuando le llamaban “criatura”. Su madre hacía tiempo que había muerto y el señor Bartolotti hacía tiempo que se había ido a vivir a otra parte; a nadie le interesaba por qué, era un asunto privado. En todo caso, la señora Bartolotti no tenía a nadie más que a sí misma que la llamara “criatura”.

La señora Bartolotti entró en el cuarto de baño. Tenía ganas de un baño bien caliente. Lo malo era que en la bañera nadaban los peces dorados. Eran siete doradas pequeñas y cuatro grandes, y la señora Bartolotti las había sacado el día anterior de la pecera y las había echado en el baño porque le pareció que los peces necesitaban un cambio de agua. Todo individuo, pensó la señora Bartolotti, toma sus vacaciones y se marcha de viaje. Solamente las pobres doradas se pasaban todo el año dando vueltas y vueltas en su redonda pecera.

9

La señora Bartolotti decidió contentarse con una ducha bien caliente. (Tenía una cabina de ducha aparte en el cuarto de baño). Desgraciadamente la puerta plegable de la ducha no cerraba bien. En realidad no es que no cerrara bien, sino que no se abría, porque la señora Bartolotti había extendido una cuerda que cruzaba cuatro veces el cuarto de baño de la ventana a la ducha para tender sus jeans y su suéter de lana. Y en el baño estaban los jeans y el suéter, que aún no había lavado.

—¡Pues te lavarás en seco ahora mismo, criatura! —dijo a su imagen en el espejo, y cogió un

trozo de algodón y un frasco grande del armario del cuarto de baño.

Vertió un poco de líquido rosa en el algodón y se frotó a fondo la cara. El algodón se volvió multicolor. Rosa de maquillaje, rojo de barra de labios, negro de rímel, marrón de lápiz de ojos, verde de sombra de párpados y azul marino de línea de cejas.

10 —¡Se ha puesto magnífico! —dijo la señora Bartolotti al ver el algodón, y lo tiró justo al lado de la papelera, debajo del lavabo.

Después sacó varios tubos, frascos y lápices del armario y volvió a ponerse la cara rosa, roja, negra, marrón, verde y azul marino. Entonces descubrió que el frasquito de la pestañina estaba casi vacío, así es que escribió con la barra de labios en los azulejos de la pared del cuarto de baño:

¡¡¡COMPRAR PESTAÑINA!!!

Después, con la esponja del baño, borró de los azulejos COMPRAR PAPEL HIGIÉNICO, escrito igualmente con lápiz de labios, porque ya lo había comprado el día anterior.

Antes de salir del cuarto de baño, la señora Bartolotti se miró en el espejo del baño para averiguar si su aspecto era juvenil o no. O sea, que tenía días jóvenes y días viejos. Ese día la señora Bartolotti tenía un día joven. Quedó complacida de su cara.

—Tan joven como se puede, tan guapa como es posible —murmuró para sí, aprobadora. Todas las arrugas en torno a los ojos y a la boca estaban disimuladas con maquillaje rosa.

11

La señora Bartolotti nunca decía su edad, por lo tanto nadie la sabía. Por eso tenía diversas edades.

La anciana señora Meier, su vecina, cuando hablaba de la señora Bartolotti, decía:

—La joven señora Bartolotti.

El nieto de la anciana señora Meier, el pequeño Michi, decía:

—La vieja señora Bartolotti.

El señor Egon, que vendía en su farmacia polvos, supositorios y pomadas, y al que se le habían formado dos pliegues en la frente de leer tantas recetas, decía:

—Berti Bartolotti es una mujer en la mejor edad.

También el señor Egon estaba en la mejor edad. Tenía cincuenta y cinco años. Se trataba familiarmente con la señora Bartolotti dos veces por semana. Una vez él la visitaba a ella, y otra vez ella lo visitaba a él. Iban al cine o al teatro, después a cenar, luego tomaban una copa o tomaban un café. Dos veces por semana el señor Egon llamaba a la señora Bartolotti “Bertita”, y dos veces por semana la señora Bartolotti llamaba al señor Egon “Egoncito”. Pero el resto de los días de la semana, si la señora Bartolotti iba a la farmacia a comprar jarabe para la tos o se encontraban en la calle, ella lo llamaba “señor” y él la llamaba “señora”. En general no solían hablar los demás días.

Los días de familiaridad eran siempre los martes y los sábados.

La señora Bartolotti volvió al cuarto de estar, después de haberse observado durante un largo rato en el espejo. Se sentó de nuevo en la mecedora, encendió un cigarro y empezó a considerar si se ponía a trabajar, se iba de compras o mejor se volvía a la cama. Justo cuando se había decidido por

la cama, sonó el timbre de la puerta. Sonó fuerte y largo. La señora Bartolotti se llevó un susto de muerte. Sonó como cuando llamaba el cartero, el repartidor de telegramas o los bomberos.

La señora Bartolotti dejó el cigarro en un platillo floreado y se dirigió a la puerta. Esperaba que quien había llamado tan fuerte y largo fuera el cartero con un giro postal. La señora Bartolotti siempre esperaba al cartero con un giro y, de vez en cuando venía realmente el cartero y traía dinero. Mil chelines o dos mil chelines o, incluso, cinco mil chelines. Según hubiera sido de grande la alfombra que la señora Bartolotti había vendido. En la orden de pago ponía:

13

CASA BARTOLOTTI & COMPANY
ALFOMBRAS DE ARTESANÍA

La firma comercial Bartolotti & Company era la señora Berti Bartolotti. La Company se la había inventado para que su tarjeta comercial pareciera más importante y sólida.

La señora Bartolotti hacía las más bellas y coloreadas alfombras de nudo de toda la ciudad. Los

comerciantes que vendían sus alfombras decían a sus clientes:

—La señora Bartolotti es una artista, ¡una verdadera artista! Sus alfombras son pequeñas obras de arte. ¡Por eso son tan caras!

14 (Los comerciantes de alfombras pedían a los clientes tres veces o más de lo que pagaban a la señora Bartolotti. Por eso resultaban tan caras las alfombras).

El que había llamado tan fuerte e insistentemente, el que estaba en la puerta, no era el cartero de los giros. Era el cartero de los paquetes postales. El cartero de los paquetes postales respiraba con dificultad y se secaba el sudor de la frente.

—¡Maldita cosa! —dijo, señalando el enorme paquete envuelto en papel blanco—. Pesa por lo menos veinte kilos.

Y el hombre arrastró el paquete por el pasillo hasta la cocina; la señora Bartolotti firmó un recibo y dio al cartero cinco chelines de propina. El cartero dijo:

—Hasta la próxima vez.

Y la señora Bartolotti dijo:

—Hasta luego. —Y acompañó al cartero hasta la puerta.

Luego recogió su cigarro del cuarto de estar y fue a sentarse en una silla de la cocina frente al gran paquete blanco. Se palpó el pelo teñido de rubio, se pasó las uñas pintadas de azul cielo entre los mechones endurecidos por la laca y meditó.

15

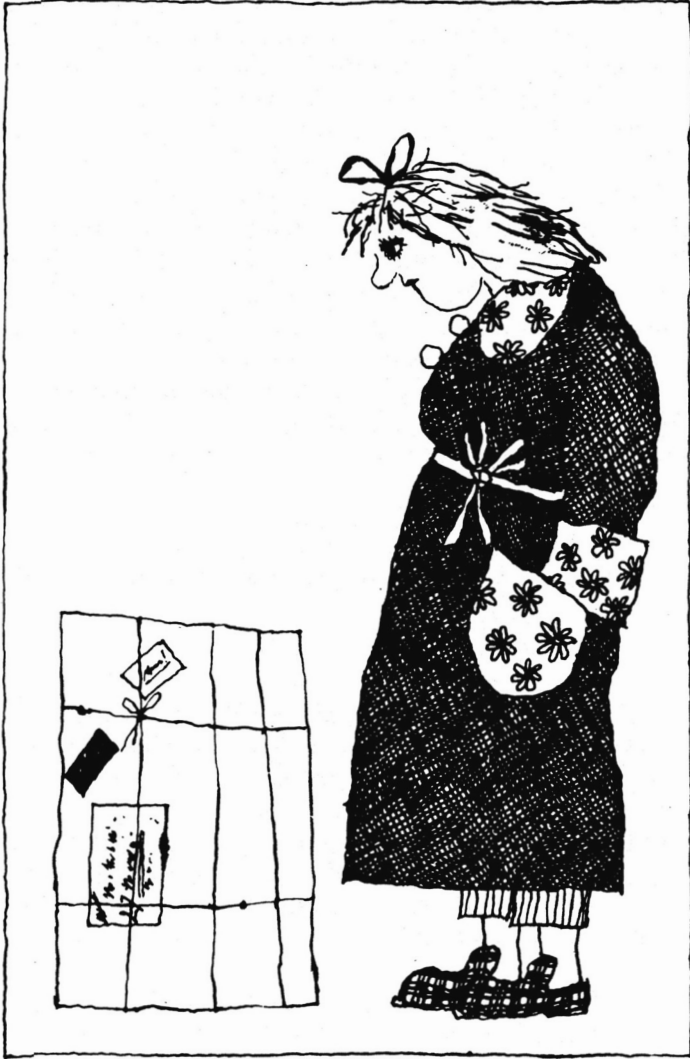
—Lana —pensó—, lana seguro que no es. La lana no pesa tanto. Un paquete de lana de este tamaño pesa a lo sumo cinco o seis kilos.

La señora Bartolotti se levantó y giró en torno al paquete. Buscó algún remite y no encontró ninguno. Tampoco lo halló cuando con grandes dificultades lo tumbó y miró en la parte de abajo.

—Criatura —se dijo severamente la señora Bartolotti—, ¡examina a fondo tu conciencia!

La verdad era que la señora Bartolotti tenía una manía: era aficionada a los cupones y a los boletines de pedido, le gustaban las ofertas rebajadas y las ofertas especiales más que nada en el mundo.

Cuando en un periódico, o en un catálogo, o en una revista encontraba una tarjeta de pedido o cupón, lo arrancaba, lo rellenaba y lo enviaba.



Era hasta tal punto aficionada a los boletines de pedido que nunca se paraba a pensar si el objeto le sería útil. Por su manía de hacer pedidos, la señora Bartolotti había llegado ya a las mayores rarezas: una enciclopedia universal de animales en diecisiete tomos, una colección de calcetines de hilo para caballero, un servicio de té de plástico para veinticuatro personas, una suscripción a una revista de piscicultura y otra a una publicación de desnudismo. Además: un molinillo turco de café (pero no para moler café, sino como lamparita de noche), diez calzoncillos de angora de una talla enorme y nueve molinos budistas de oración. Pero sin ninguna duda lo más singular que la señora Bartolotti había encargado y recibido era una alfombra. Cuando el repartidor trajo la carísima y horrible alfombra floreada, la señora Bartolotti lloró, con razón, por su manía y se juró no volver a encargar nada nunca nunca más.

17

Pero, como ocurre cuando se tiene una auténtica manía, la señora Bartolotti volvió a rellenar una tarjeta al día siguiente:

*Y encargo por la presente
contrarreembolso y a porte pagado*